

Winfanos en Salamanca

Ángel Asensio (71 de Padrón)

Mayo y Salamanca siempre han tenido una buena relación, se mezclan con esa milenaria quietud que desprenden las piedras de Villamayor.

Sin embargo, este mayo de 2026 no es un mayo cualquiera.

Es el momento de cumplir una promesa.

Nuestra Reunión Anual.

La Plaza Mayor, ese cuadrilátero de oro que tanta historia cobija, nos vio juntos otra vez como en nuestros años de juventud.

El tiempo, implacable, ha encanecido cabellos (los que quedan) y ha ralentizado nuestros pasos, pero las miradas siguen intactas.

No hacen falta grandes discursos.

La presidenta, con la voz rota por la emoción, pronunció el consabido

—Como decíamos ayer...— como Unamuno y Fray Luis.

Y el tiempo se disolvió.

Nos fundimos en un abrazo ensordecedor, de esos que crujen los huesos y recomponen el alma.

Ya nos faltan algunos, empiezan a ser muchos

La vida se los ha llevado pero allí, bajo los soportales salmantinos, nadie se ha ido del todo.

Ellos están presentes en cada risa recordada, en cada anécdota repetida.

Siguen a nuestro lado, caminando invisibles pero eternos, con la misma fuerza de siempre.

Y damos junto a ellos un paseo por la nostalgia

Subimos la rúa hacia la fachada de la Universidad.

Allí, entre la intrincada filigrana de piedra, buscamos la famosa rana sobre la calavera. El pequeño anfibio parece que nos guiña un ojo y nos da la bienvenida como a los estudiantes que un día fuimos y que, en esencia, nunca dejamos de ser.

Pocos metros más allá, en la Puerta de Ramos de la Catedral Nueva, el anacrónico astronauta, esculpido en piedra, recuerda que el pasado y el futuro pueden coexistir en un mismo instante, justo como nos estaba pasando a nosotros en ese preciso momento de 2026.

Y en el café de la Plaza Mayor, la estatua de Don Gonzalo Torrente Ballester observa el devenir del mundo con su eterna paciencia de bronce y literatura.

El viejo maestro sonríe por lo bajo compartiendo nuestra alegría del reencontro.

Mirando las fachadas doradas que empiezan a encenderse con el atardecer, uno de los Pífanos alza su copa y resume el sentir de todos:

—Estas piedras, junto con las de Aranjuez, Padrón, Inmaculada, Bajo, Alto, Santiago, todos los CHOE, no son solo monumentos, son testigos de nuestros jóvenes años mozos, nuestros exámenes, nuestros profesores, nuestros amores, nuestros fracasos y nuestros triunfos.

Somos y siempre seremos Pífanos.

Los brindis resuenan por los que estamos y por los que, desde el cielo de Salamanca, siguen cantando con nosotros el Viejo Trapillo.